

Amnesia de un sueño

Inés Dota



Image not found.

Capítulo 1

Amnesia de un sueño

Domingo, 11 de Junio del 2017

¡Buenos días! Me muero de ganas por explicarte que pasó la noche del Jueves.

Después de beber un par de cubatas en la Parinacota Express al cierre, nos fuimos al karaoke que hay justo debajo de casa de Alex.

Sólo una. – Dijo él.

Acabamos cerrando el bar, viendo videos de Pink Floyd y Shakira, cubriendo "Nothing else matters", junto con el dueño del bar, Brian, y una pareja de ingleses, amigos de éste. Obviamente no bebimos sólo una, aunque Alex tomó muchas más que yo.

Primero canté "Me enamoré", de Shakira, y más tarde Alex y yo nos subimos al escenario a cantar "Nothing matters", una canción muy romántica que me encanta. Cuando digo que subimos a cantar quiero decir que yo subí a cantar y Alex fue arrastrado por mi, aunque me hubiera amenazado con no volver a hablarme. Nos abrazábamos y regalábamos cariño, algo inocente entre dos amigos. En uno de los papelitos que teníamos para apuntar las canciones que queríamos cantar Alex me escribió una notita: "To me gustas". Me pareció muy dulce así que quise guardarla. Recuerdo haberla puesto en mi bolso, pero nunca más volvió a aparecer, la perdí. Bromeando me preguntó cuando nos íbamos a casar. - Eso sí, antes de Septiembre - me dijo, antes de mi boda con Manu.

Poco antes de irnos, Alex nos invitó a todos a un chupito de Fernet.

Asqueroso. En cuanto me lo bebí mi único que me apetecía era irme a dormir. Me sentó fatal, fue como beber directamente de una botella de alcohol malo. Me quemó el esófago y luego el estómago. Le pedí por favor que terminara su cerveza y que nos fuéramos a tumbar. En cuanto Alex pagó, le agarré de la mano y lo arrastré hasta casa.

Cuando llegamos vino directamente a mi habitación. Yo no me negué, pues su compañía siempre me agrada. Mientras él estaba en el baño, me puse le pijama y me metí en la cama. Salió y se dejó caer junto a mi, acurrucándose entre mis brazos.

Conocí a Alex cuando yo tenía dieciocho años, ahora ya voy camino de los treinta y uno. Desde el primer día que le vi, entrando por la puerta del bar en su primer día de trabajo, me he sentido atraída por él. Alex siempre ha sido un chico muy atractivo. Desde el minuto cero me ha gustado, pero nunca he dicho nada pues yo ya había empezado una relación con Manu hacía unos meses, el hombre con el que me casaré en Septiembre.

Algunas veces he pensado que yo también podría gustarle pero siempre he desestimado esa idea. Alex siempre me ha tratado como una amiga. Cuando se acurrucó junto a mi, rodeó mi cintura atrayendo mi cuerpo hacia el suyo.

Con todo el tiempo que hace que nos conocemos y nunca ha pasado nada entre nosotros. - Me espetó.

Ya lo sé Alex, además siempre he pensado que seríamos la pareja perfecta, siempre he creído que somos muy compatibles.

Inés, siempre me has gustado mucho, desde que te conocí. ¡Eres un camión!

¿Un camión? - ¿Me estás comparando con un camión? – Hahah nunca me habían dicho algo así, compararme con un camión! Me explicó que eso es algo bueno, según él, si eres un camión eres una mujer completa, ¡una súper mujer!

Aunque el alcohol fuera la única razón de aquellas palabras, consiguió hacerme sentir muy especial. Me decía cosas tan bonitas que yo deseaba que nunca se callara. Codiciaba quedarme atrapada en ese momento para siempre con él.

Me susurraba al oído que me quería, a lo que yo le respondía que era recíproco. Decía que siempre lo había hecho. – Pero me agunto, siempre me agunto. – Acariciaba mi cuerpo con frenesí.

Arrastraba su mano desde mi cintura hasta la boca del estómago. Con sus dedos rozaba sutilmente mis senos. Besaba mi cuello mientras levantaba la parte trasera de mi camiseta, dejando mi espalda descubierta. Deslizó su boca a lo largo de mi columna regalándome mimos con sus labios. Yo me estremecía de placer. Sólo ansiaba dar media vuelta y comérmelo a besos, dejarme llevar por la excitación que sentía y entregarme a él como si fuera el último día de mi vida. Dios mío cuanto lo deseaba. Alex desprendía dulzura y pasión, envuelto en alcohol. En algún momento intentó deshacerse de la poca ropa que yo llevaba encima. Los susurros no cesaban, me repetía una y otra vez cuanto me deseaba, cuanto me había deseado todos estos años. Mi entrepierna se humedecía, palpitaba cada vez más y más fuerte. Mi yo más salvaje me solicitaba tomar el control con insistencia. Yo quería terriblemente sucumbir a esas peticiones internas, pero algo me frenaba. – No puede ser – Me repetía una y otra vez. Manu y Marta. Manu y Marta. Manu...Para que mentir, Marta poco me importaba. Sí, me cae bien. Sí, es una buena chica que merece ser feliz, pero la verdad es que si Manu no hubiera existido no me lo hubiera pensado ni un instante. Me hubiera fundido en ese momento para convertirlo en un recuerdo merecedor de ser rescatado del olvido.

Me acariciaba los muslos con la picardía de un chico adolescente, intentando abrirse camino entre ellos. No podía permitir que sus manos llegaran a su destino, de haberlo hecho no hubiera encontrado la fuerza suficiente para resistirme. Mis manos, que seguían su propia voluntad, acariciaban suavemente su piel tostada. Subían por el cuello hasta perderse por su pelo. Cuando se giraba para darme la espalda era yo la que me volteaba para abrazarlo. Su espalda es maravillosa. Hundía mi cara en ella a la vez que la apretaba muy fuerte contra mi pecho.

Mi parte racional luchaba contra mis emociones. No pares Alex de arrullarme, hazme volar con tus caricias. Mis peticiones eran silenciosas, sólo mis oídos las escuchaban. Perdí la noción del tiempo. Mi único interés en aquel momento era que la luna y el sol quedaran en tablas. Que no se movieran de su posición y, así nosotros, quedarnos atrapados en ese momento cuando no es ni de día ni tampoco de noche. Me sorprendió lo

ardiente que es. Nunca antes había percibido esa impetuosidad que tan bien esconde.

En algún momento él se había desnudado. No fueron pocas las veces que intentó arrastrar mi mano hasta su sexo. Yo quería acariciarlo, hundirlo entre mis piernas, pero no podía. No puedo fallar a mi tesoro, Manu nunca lo haría. En su último intento le sugerí que fuera al baño a aliviar sus necesidades, él río. – Marta me dice lo mismo. – Disculpar por mi falta de precisión. Se trataba de su penúltimo intento. La última vez que deslizó mi mano hasta su cadera y yo la aparté bruscamente me animó a que no fuera frígida, diciéndome que no pasaba nada, que cualquiera lo hacía. Aquel comentario me rescató del deseo sexual por un instante.

Métete en la cama de cualquiera entonces, no en la mía.

Perdóname Inés, disculpa. Ya me aguanto, siempre me aguanto.

Si él supiera cuanto lo deseaba yo...

Me desperté mucho antes que él. No quería salir de la habitación, me aterraba la idea de cruzarme con sus padres. No hacía ni veinticuatro horas que los cinco habíamos estado comiendo un arrozito caldoso como una familia feliz en su terraza. Imaginaba que pensarían que soy una mala zorra. En cuanto Marta había regresado a Sevilla, yo lo había metido en mi cama.

Mientras esperaba a que él despertara decidí matar el tiempo regalándole mi amor. Me sentía feliz cuando analizaba una por una las palabras que habían sido dibujadas por su aliento, me sentía feliz cuando recordaba sus caricias, una por una. La humedad se extendía por mi sexo. Sentía como el calor estaba decidido a resquebrajar mi piel. Decidí aliviar mis necesidades mientras él dormía. Era muy excitante la idea que pudiera despertar y verme completamente extasiada. Me gusta que me observen mientras juego.

Acaba de llegar Manu de trabajar. En cuanto pueda seguiré con mi historia.

Martes, 13 de junio de 2017

Se dice que cuando estás enamorado de alguien tu corazón pertenece únicamente a esa persona, todo tu amor es para esa persona. Pero, ¿de verdad crees eso? ¿Nunca te has sentido capaz de amar a dos individuos al mismo tiempo? Yo sí. He estado con Manu desde los dieciocho, excepto dos años durante los cuales nos tomamos un descanso. Bueno, me tomé un descanso. Siempre lo he amado aunque no siempre le he sido fiel. El demonio de la traición me ha atacado muchas veces y no siempre ha perdido la batalla.

La noche del jueves la gané yo. Volvamos a la mañana del viernes.

No quería que Alex despertara. Bueno, no quería que aquel momento terminara. Ansiaba volver a escuchar todas aquellas cosas tan bonitas que había dicho la noche anterior. Me hubiera gustado poder decirle que yo sentía lo mismo. Que yo también me moría de ganas por besarle, por sentirlo muy dentro de mí. Pero no fue así. Cuando despertó sólo atiné a decir que si algún día me separaba de Manu estaba decidida a conquistarlo.

Esto se lo debes decir a todos. – Me espetó.

Lejos de molestarme, me pareció gracioso aquel comentario. Se trata del típico comentario que las mujeres dicen a sus casanovas en las películas románticas. Soñaba despierta con tener otra noche como aquella. No pasó nada, pero me habló con tanto cariño que me sentía abrumada.

Seguía abrazada a él, aprovechando los últimos minutos para sentir su piel sedosa. Nunca antes me había percatado de cuán bonitas son sus manos. Parece una tontería pero en el pasado he rechazado a hombres por no gustarme sus manos. Las de Alex son grandes, firmes y muy masculinas. Sus uñas son alargadas y redondeadas, y el color de su piel... Cuando expresé mi preocupación por la reprobación de sus padres, él me respondió diciendo que lo mejor era como si nada hubiera sucedido, pues era verdad, nada había pasado entre nosotros.

Lo que yo no sabía es que se lo tomaría al pie de la letra. Más tarde cuando estábamos en la Parinacota quise hablar de ello.

Ayer me dijiste unas cosas muy dulces. Las más bonitas que me has dicho nunca.

No me acuerdo, lo último que recuerdo es estar despidiéndome de Brian – el dueño del karaoke.

Insistí un par de veces pero él se negaba a recordar. No sé si realmente no se acuerda o simplemente se hace el loco. – Yo creo que sí te acuerdas pero no quieres hablar porque te da vergüenza.

¡No! De verdad que no recuerdo.

La noche más bonita que hemos vivido en trece años y no se acuerda.

Toda aquella poesía que me recitaba la noche anterior no era verdad. Era el alcohol el que hablaba, no él. Yo me entristecí un poquito. Me sentía así porque yo sentía lo mismo que aquel borracho, aquél que jamás volvería a ver a la luz de la sobriedad. Yo, ingenua, pensé que era Alex el que me deseaba y que pensaba en mí, no el espectro efímero de un borracho.

Desde esa noche no dejo de pensar en él. Busco excusas para hablarle, le envío mensajes a los cuáles contesta con monosílabos y caritas sonrientes.

No quiero que nada cambie, Alex es mi buen amigo desde hace ya mucho tiempo. Lo único que quiero es decirle que yo siempre lo he deseado tanto como ese borracho, que apareció en mi cama el jueves, a mí.